

II

La casa de los Nani, está situada en un barrio próximo á las fortificaciones.

Es un edificio muy grande, con una enorme puerta cochera y un patio muy espacioso, en el cual las cocheras y las cuadras ocupan un lado y las habitaciones para la familia el frente, en el primer piso, encima de otras cocheras.

Las habitaciones de la familia tienen acceso por una escalera amplia y cómoda, que prolongándose, forma un balcón rústico y se extiende todo á lo largo del piso primero.

El sitio era lo suficientemente poético y pintoresco para servir de cuadro á la linda cabeza que había maravillado al teniente.

Los Nani son gente acomodada.

La casa respiraba abundancia. El patio está extremadamente limpio, debido á la ausencia de los caballos, en marcha para el famoso tren auxiliar.

Los carruajes de dos y de cuatro ruedas, están colocados en fila.

A lo largo de las paredes, cuyos ángulos adornan higueras, al pié de los cuales crecen gallardos adelfos, trepadoras plantas se estienen sobre verdes celosías y se enredan en los pilares que soportan el balcón; rosales y clemátidas se enredan también en la grosera empalizada, confundiendo sus satinadas ó aterciopeladas flores, con los pámpanos de las gruesas parras de que está completamente cubierta toda la fachada.

El conjunto recuerda, con mucho más encanto, á esas viejas hosterías que, poco más ó menos iguales, se encuentran en todas las provincias de Francia.

El día debía parecerle muy largo á Esperanza.

¿Por qué?

—Muy apurada se hubiera visto para explicarlo.

Sin embargo, sabía por qué.

¿Pero cómo explicar que la vista de aquel extraño, con el cual había cambiado apenas veinte palabras y que tenía un acento grotesco—si es que hay algo que pueda parecer gro-

tesco, proviniendo del objeto amado,—la había causado una impresión tal, que le era imposible pensar en otra cosa que en su varonil apostura, en su aspecto de noble atrevido y bondadoso; en sus ojos, azules como los de los antiguos galos, tan á menudo presentados en aquella opulenta Italia, y que la contemplaban con tanta pasión?

¿Quién hubiera creído que un minuto, un encuentro, una mirada, había sido suficiente á turbar su sencilla y tranquila vida y sumergirla en extraño malestar?

De ordinario nunca estaba triste la hermosa Esperanza.

Era la alegría de la casa paternal, como era el encanto, la bondad y la juventud.

Todo el mundo la quería en el barrio. Su padre la adoraba, y no era él solo á adorarla, sino que también uno de sus primos, un cierto Vincenzo Caprini, que vivía con ellos, buen muchacho, honrado y sencillo, que estaba perdidamente enamorado de ella—cosa tan natural como la de calentarse en el invierno al sol—y que tenía con ella sencillamente una buena y tranquila amistad.

Las pequeñas Nani, no tenían madre.

Era Esperanza la que gobernaba la casa, ayudada por una criada de edad llamada Bárbara.

A las cuatro de la tarde, enervada y febril, salió sola, dejando á su hermana Enriqueta y á la sirvienta, ocupadas en preparar las guirnaldas de flores y el musgo para decorar la calle.

Se fué directamente á la iglesia de Santa María de la Pasión, consagrada al amor y al dolor, que marchan tan amenudo de concierto, compró dos cirios y los colocó á los piés de la madona.

Los estuvo contemplando como se consumían, con la mirada vaga y el corazón vacío en apariencia, no pensando en nada, ó al menos, tratando de alejar de su pensamiento la imagen que la absorbía y de la cual no podía librarse, feliz por las primeras impresiones de un amor que no había sentido jamás; desgraciada por el olvido en que se creía del brillante oficial, que le había murmurado al oído suaves y dulces palabras.

Al volver á su casa la esperaba una sorpresa.

El teniente estaba sentado en el balcón, jugando con Enriqueta, que saltaba sobre sus ro-

dillas, en tanto que el comandante Orlando hablaba con la vieja Bárbara y parecía escuchar con gran atención é interés lo que ella le contaba.

Bárbara abrigaba un odio feroz contra los opresores de su país.

No estaba muy lejos de creer que Francisco José era una especie de vampiro que devoraba toda la substancia de la exuberante y opulenta Lombardía y reducía á Milán y á sus habitantes á la más espantosa miseria.

Esta miseria no había dejado la menor huella en el cuerpo de Bárbara, que presentaba á la vista de las gentes una corpulencia excesiva y digna de un monje de la abadía de Thélème.

Interrogándola con destreza, el corso acabó por arrancarla confesiones.

Si Bárbara odiaba á Bohemia, á Hungría y al Tirol en masa, había amado particularmente á algunos militares de guarnición en el cuadrilátero algunos años antes, y, entre otros, á cierto Fritz, que la dejó después de cinco ó seis lustros de cariñosas atenciones.

Le había prometido siempre casarse con ella el maldito, y sin escrúpulo faltó á su palabra

de la manera más odiosa. Marchó á su país sin decirle una palabra. La noche que precedió á su partida, la prodigaba aún el testimonio de su ternura, para desaparecer á la mañana siguiente como una sombra.

Después no volvió á tener noticias de él. ¡El pérfido no daba señales de vida, y, sin embargo, ella no le guardaba rencor ni le odiaba!

¡Era tan agradable el mónstruo!

Le seguía y le seguiría amando: ¡hasta tal punto es difícil borrar las huellas del primer amor!

Bárbara era terrible en esto.

No será preciso decir que el comandante Orlando, que escuchaba estos cuentos medio dormido, desempeñaba en el patio de los Nani el papel de Mefistófeles en el jardín de Margarita, en tanto que el hermoso teniente se arrojaba á los pies de Esperanza y la trataba como si la hubiese conocido toda la vida.

La tenía cogidas las manos y la prodigaba todo género de caricias. Ella, por agradecimiento, no negaba á aquel sosten de la patria estas platónicas satisfacciones.

Además, la faltaban las fuerzas para hacerlo. Un poder desconocido la paralizaba.

Al volverle á ver, cuando ya no lo esperaba, se decía que había vuelto á encontrar su sueño perdido y que se cumplía su destino.

Justo es reconocer que el granadero se presentaba seductor, no porque vistiese uniforme nuevo, ni porque además de esto hubiese devuelto á sus charreteras el lustre que las habían arrebatado las lluvias sufridas, sino porque se había refrescado en las ondas de un baño reparador.

Se había procurado zapatos nuevos en una zapatería de la calle de Silvio Pellico; un sastre complaciente le había arreglado la chaqueta, y el asistente, á fuerza de cepillo, había hecho desaparecer el barro y el polvo que cubría todo su uniforme.

Tenía aspecto de conquistador, y más de una dama de la aristocracia había admirado su retorcido y rubio bigote, su cara sonriente y su aire marcial y despreocupado.

Mientras Bárbara y el comandante Orlando hablaban del pasado, Desmares se ocupaba del presente con Esperanza y también del porvenir que le esperaba, y que era preciso afrontar, porque por la marcha que llevaba la guerra, no podía ser duradera.

Ni unos ni otros sabían donde estaba el enemigo; unos y otros se contentaban con tirar á distancia cuando se veían, poco más ó menos como los cazadores en las batidas de ciervos.

Difícil sería explicarse en qué dialecto hablaban el oficial y Esperanza, y cómo se entendían.

Sin embargo, ellos hablaban y no solo hablaban, sino que se entendían admirablemente.

El teniente empleaba frases que el corso le había enseñado.

Gracias á la buena voluntad conque le escuchaba, la joven no perdía ninguna de sus palabras.

Además, como no hablaban más que de amor, que en la melodiosa lengua italiana es una verdadera música, sus corazones latían al unísono, á pocas palabras que llegasen á sus oídos.

El teniente le decía:

—¡Sois hermosa como el día. Esperanza! ¡Jamás he visto una muchacha tan hermosa como vos!

—¡Los franceses son burlones! ¡Os burláis, y hacéis mal en burlaros! quisiera que me hablaráis con más formalidad.

—Os digo seriamente y con toda formalidad, que os amo apasionadamente. ¡Sois adorable, sois una hada encantadora. ¡Es imposible no amaros!... ¡Imposible! ¡Debéis tener una multitud de enamorados... muchos, *molto*!

—¿Enamorados?

—Sí.

—No tengo más que uno. Es un pariente mío, un pobre muchacho.

—¿Y se llama?

—Vincenzo.

—¿Dónde está?

—En el tren auxiliar, con mi padre.

—¿Habéis tenido noticias suyas?

—Ninguna.

—¿Os casaréis con él?

—¡Acaso!

—¿Le amáis?

Esperanza contestó como lo había hecho por la mañana al comandante Orlando, con un imperceptible movimiento de hombros, que no decía ni sí ni no.

—¿Y si yo os amara, Esperanza?

—¡Oh! ¡En cuanto hubierais salido de aquí me olvidaríais! Debéis amar en vuestro país á alguna joven, con quien os casaréis. Y ade-

más — añadió bajando los ojos — es pecado.

—Se confiesa uno y está perdonado! ¡Y vuelta á empezar! ¡Culpas de amor, culpas perdonadas!

Siguieron hablando largo tiempo.

El comandante Orlando, á quien unos vecinos libraron de Bárbara, fué á prestar ayuda á su favorito.

—Este muchachote—dijo á la joven—no hace más que pensar en vos desde que os vió esta mañana. ¡Se vuelve loco por vos, tan *in-namorato* está!

—¡Os burláis!

El comandante añadió con su énfasis de corso:

—Las flechas de vuestros ojos le han atravesado el corazón. ¡Son más peligrosos que las balas! ¡Está perdido!

—¡No os creo!

—Os juro—dijo el teniente—que os adoraría.

—¿Siempre?

—¡Siempre! *¡Sempre!*—exclamó haciendo vibrar la *r*, como si hubiese mandado una maniobra á un cuerpo de ejército completo.

La joven, moviendo lentamente y con tristeza la cabeza, repitió:

—¡No, eso es una broma! ¡No puedo creerlos!

—Entonces ya no me queda más que hacerme matar.—dijo el oficial con una sonrisa que ella no pudo ver.

Esperanza fijó en él sus ojos.

—¿Por qué?—exclamó.—¡Santa Madre de Dios! ¡No, no quiero que os matéis!

—¡O amar á morir! *¡O amare ó morire!*

Esperanza suspiró, murmurando:

—¡Sois cruel!

Todo su ser se estremecía; toda ella respiraba ternura y abandono.

Felizmente se operó un cambio.

El comandante Orlando oyó un reloj de una iglesia que daba las siete.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó.—¡Vámonos!

El comandante estaba invitado á comer con sus oficiales, y no quería faltar á aquel obsequio.

Tiró de la manga al teniente y le mostró su reloj.

—¡Vámonos!—dijo.—¡Vámonos!

—*¡Andiamo!*—tarareó Desmares, que en su entusiasmo aprendía el italiano con una rapidez sin ejemplo.

E inclinándose al oído de la milanese, que rezó con el bigote :

—¡Volveré, volveré!—dijo—¡á menos que me lo prohibáis!

—No.

—¿Cuándo?

La joven se puso colorada como la grana.

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Aquí.

Sus almas se confundieron en su mirada.

Ella hubiera querido retenerle.

Ya en la calle, el corso decía á su amigo:

—¡Bien, Don Juan, vuestros asuntos marchan viento en popa! ¡Es una perla, querido, un diamante, una alhaja que no tiene precio!

Desmares iba pensativo, comprendía que, en efecto, Esperanza le pertenecía, que bajo la influencia de la embriaguez de que era presa toda la ciudad, la faltaban fuerzas para resistir; ¿pero no era una profanación hacer de ella un juguete y quizás dejar en el corazón de la pobre niña una herida profunda y difícil de curar, por una satisfacción de su amor propio?

Llegó sin hablar una palabra al hospitalario

palacio del príncipe X, francés de corazón y muy conocido en París, en donde habitaba seis meses del año y que tenía una gran satisfacción en recibir á los oficiales, á los cuales consideraba como compatriotas.

En el momento en que los dos amigos franqueaban el umbral de la casa de los Nani, entraba un cartero y entregaba á Esperanza, que ni siquiera había hecho el menor movimiento, una carta de su novio Vincenzo.